



Tomo VII

Mexico, Domingo 11 de Julio de 1897.

Num. 307.

DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

Las Educandas de San Amor.

I

RENGO en mi poder un manuscrito de hasta veinte fojas de papel rayado en cuadros, en cuyo fróntis se lee ese título bien pendoleado con letra inglesa por mano de mujer, indiscutiblemente hábil en la escritura. Lo que dichos papeles contienen es algo como las memorias de una ex-colegiala; y el cómo vinieron á mis manos es muy sencillo. Dispensé poco ha los auxilios de la religion á una moribunda, que la caridad de cierta amiga había recogido muy enferma y muy sola en la tierra. Murió á poco la infeliz, y la amiga, que la hospedaba, creyó conveniente remitirme todos los documentos hallados en el roto y desprovisto baúl de la muerta. Eran papeles inútiles, cartas familiares, paquetitos de cartas amorosas, cuadernos garabateados de firmas en que se guardan flores secas y otras niñerías de la propia laya. Pero en una cajita forrada con pajas de colores, de esas que traen pañuelos de seda, me encontré el citado legajo. Comencé á leer con poca curiosidad, que fué creciendo á medida que avanzaba en la lectura, le guardé con cariño, le mostré á varios amigos y todos opinaron que era una pieza extravagante y muy original, digna de ser conocida, porque es la historia de un colegio, que ni ha existido, ni existe en nuestro país, cuya existencia no se sabe por dónde pudiera haber llegado á noticias de aquella desventurada que poseía y sin duda había escrito el cuaderno, ya que la letra es idéntica á la de otros papeles que á todas luces fueron por ella escritos.

Con tal motivo suscitáronse algunas discusiones entre esos amigos y yo. Contravertimos desde luego si las dichas páginas eran históricas ó novelescas, y, aunque al principio inclinóse la mayoría á esto último fundándose en que el plantel descrito en esas hojas más bien parece cosa de sueño molesto que escuela real; prevaleció al fin mi sentencia, según la que las memorias esas constituían un cuento urdido sobre una trama histórica, porque en verdad el profundo sentimiento, que brota y rebasa de algunos pasajes, indica haber mojado la pluma quien tal escribió en la amargura de sus propios recuerdos. En lo que no pudimos avenirnos jamás fué en cuanto al autor de este manuscrito. Rehusaron los más admitir por autora á la jóven enferma, en cuyo baúl se encontraron los papeles, porque, ellos decían, cierta robustez y nervio del estilo, el desenfadado de algunos pasajes y finura de observacion que por donde quiera está de relieve en el zarandeado manuscrito, no son de mujer. Así ellos creyeron que la tal historia era concepcion y hechura de algun novio de aquella jóven, que desocupado y de buen humor se lo habría hecho escribir al dictado ó copiar de borradores. Pero yo afirmo que esas, que ellos alegan, no son señales exclusivas de estilo varonil, porque muy desenfadado fué el modo de escribir de la Baronesa Dudevant y Doña Emilia Pardo peca de robusta en su fraseo; y si á calificar por el sabor del estilo vamos, más me inclino á asegurar que esas *Memorias* son obra femenina, por tal cual escepticismo alambicado, muy propio de mujer, que en ellas se trasluce y por la hipocresía melosa con que suele su autor excusarse cuando más hiere de filo, plantando un *yo no sé, quién sabe, y mostrando*

mujeril tendencia á lavarse las manos en ciertos lances. Como fin de cuentas estoy por creer que todo el manuscrito es desahogo de una pobre histérica, que suelen tener las tales muy raros caprichos de fantasía; pues, si bien es seguro que la consabida muchacha murió de tisis, también está fuera de duda, como defendía uno de los amigos que es médico, que la histeria no es propiamente enfermedad, sino síntoma ó conjunto de síntomas de otra dolencia.

Sea de todo esto lo que fuere, no me toca más que transcribir el manuscrito sin que le falte una tilde, y, después de leerlo juzguen los lectores lo que les plazca, ó no juzguen nada, lo cual á mí, bien vistó el negocio, me importa un cabello.

He aquí, pues, el texto del famoso legajo:

23 de Marzo de 1885.

Hoy acabo de entrar al colegio de San Amor, dende un diputado, que fué amigo de mi madre, me obtuvo un lugar de gracia. No es tan mala suerte para una huérfana como yo. ¡Bendita sea la caridad! El edificio del colegio es muy triste, parece que fué convento de mujeres, á quienes el gobierno echó de aquí. Por eso quizás tiene lo triste y lo glacial de un nido abandonado, del cual los rústicos arrojaron á los pajarillos. Como me arrancaron de mi casa todavía con mi vestido empapado en las últimas lágrimas de mi madre, este encierro me parece la lobreguez más espantosa. ¿Cuándo saldré de él? ¡Dios mío! No permiten la salida sino tres días... por semana, del sábado hasta el martes, pero eso á las que tienen familia ó amigos influentes, que las quieran mucho, y como yo... no saldré sabe Dios hasta cuándo. Quisiera ir

á visitar la tumba de mi madre. Quisiera también asistir á Misa para rogarle á Dios por ella. Aquí no tenemos iglesia en uso, la que había está convertida en bodega. El establecimiento es completamente laico. Me han matriculado en la clase de segundo año, aunque ya tengo catorce y creo saber más que las que cursan el quinto de este plan de enseñanza. Todas las alumnas me miran de reojo como se hace siempre con las nuevas. Las hay muy alegres y vivarachas que atruenan todo el día los corredores con juegos, gritos y cantares. Otras son muy entonadas y bachilleras; muchas de éstas usan espejuelos, creo que sin necesidad, porque se los desprenden de la nariz cuando tienen que ver algo que las importe. Por lo que he visto hoy, la aplicación de las colegialas no es mucha: á cada paso se forman corrillos de niñas, que charlan, riendo á las veces de un modo muy extraño y que se recatan cuando yo me acerco.

Me han llamado á la sala rectoral, quería conocerme un gran señor, á quien aquí llaman el protector del Colegio: no sé qué cargo será este. Estaba sentado en un sillón de cuero cuando entré. Es un hombre de cincuenta años, gordo, muy gordo. Usa bigote larguísimo y entrecano, y sus cabellos divididos en dos altos copetes parecen alas de cuervo cubiertas de escarcha. Me vió con mucha firmeza, como clavando en mí sus ojos, que son amarillos y muy pequeños. Dicen que se llama D. Martín Casillas. Me habló de unas cosas que no entendí. Han de haber sido amonestaciones para que me porte bien. Lo único que se me ha grabado en la memoria es una expresión que él repetía mucho: *la emancipación de la mujer*. ¿Qué será ello? Al despedirme el protector me hizo una caricia. Si mi madre lo hubiera visto, no la habría gustado, porque decía que ya estaba yo muy crecida para esas señales de afecto.

30 de Marzo de 85.

Hoy me han quitado la ropilla de luto que traje de mi casa y me han hecho vestir el uniforme. ¡Qué horrible es! Se compone de falda azul, y corpiño rojo, muy encendido, con mangas perdidas. ¡Ay! si más bien que traje de educandas, parece vestido de comparsas de *María Antonieta*. Salí con él, toda encogiéndome, muy avergonzadita. Las burlas, que no han cesado de lanzarme las compañeras, aumentaron con ese motivo. Me han puesto por apodo *la mosca muerta*. Aquí nadie escapa de llevar sobrenombre; con decir que al Señor Protector le dicen *el gallo*. . . . Las cosas de religion, mi único consuelo, por acá andan muy mal, entiendo que á los superiores les repugnan. Yo traía suspendido del cuello con una cadenita de plata un medallón de oro de Nuestra Señora de Guadalupe, regalo de mi madre el día de mi primera comunión. Al pasar por una galería el Sr. Protector llamome y me dijo que ¿qué era aquello? que las sabias leyes de . . . Reforma (me parece que dijo) prohibían toda manifestación del culto, que ahí se habían de observar, que me lo quitara en el acto. Y él mismo tuvo la amabilidad de ahorrarme el trabajo, me quitó el medallón, (¡mejor me hubiera quitado un pedazo del alma!) y exclamando que quedaba en depósito mientras yo salía del colegio, se lo guardó en el bolsillo.

A lo que veo las alumnas están completamente *secularizadas*. Al despertar por la mañana no se oye en los amplios dormitorios rumor alguno de oraciones ni se ve que nadie haga la señal de la cruz; comienzan sí su charla sempiterna y el tiroteo de equívocos; imitan la garrulería con que los gorriones del vecino fresno reciben al alba. En las cabeceras de las camas no cuelgan imágenes de santos ni cruces; en cambio algunas tienen retratos de caballeros: serán de algunos parientes.

Muchas leen á las horas de estudio y á las de recreo tomos enormes. ¡Qué libros tan sabios deben ser esos!—me decía yo al principio juzgando por el volumen; pero ahora he visto que son novelas y se llaman: *El Conde*

de Monte-Cristo, Los Tres Mosqueteros, El Judío Errante, Los misterios de París, etc., etc.

Mi soledad crece cada día, porque no quiero tener amigas, me causan repugnancia. El otro día me introduje en un círculo de platicadoras y la conversacion tomó un giro tan asqueroso y rodó por tales muladares, que instintivamente me retiré, poniéndome quizás más roja que una fresa. ¿Eso será lo que D. Martín llamaba *la emancipación de la mujer*?

Antes de ayer me hicieron asistir por primera vez á la clase de gimnasia. Es un salón muy vasto, y aun *basto* (como suelen escribir aquí esa palabra) y en él hay trapezios, argollas, barra fija, trampolin y otros chismes de funámbulos. Todas las niñas hicieron hábilmente ejercicios acrobáticos, yo me rehusé tercamente, me encapriché y me puse á llorar sin medida, lo cual me costó una reprimenda excepcional y un sermón sobre la obediencia, por supuesto sin textos de la Santa Escritura, y sí con muchas citas de un señor á quien llaman *Spencer*, y . . . no hubo una madre que me defendiera. ¡Ay de la que es huérfana si cae en poder de la *libertad*!

Hay una cátedra que llaman de Lógica, que regentea un jóven muy prendido, de cien alfileres, muy patarato, si he de juzgar por sus modales. Yo no entiendo de qué trata. Sólo pude comprender que habló muy mal [sería en alguna digresión] de los sacerdotes y los pintó como monstruos salidos de un charco ó del infierno. Yo lo estaba oyendo y veía en mi imaginación asomar el rostro del P. Angeles por entre su marco de cabellos blancos, del P. Angeles, del confesor de mi madre, aquel anciano de bondad angélica que con tanta dulzura me reprendía y con tanta prudencia me enseñaba, preparándome para mi primera comunión. ¡Adios figuras venerables de otros días!

Ayer, que fué sábado, el Sr. Protector nos dió una plática sobre *instrucción cívica*. Explicónos la justicia de la ley que prohíbe las reuniones de hombres y de mujeres ligados con votos para servir á Dios. Se esfuerza mucho el buen señor. Hay que agradecersele. Probó con muchas razones que no son tolerables los conventos de monjas. Una de las alumnas más aventajadas propuso la dificultad de que, si no era lícito que se congregaran las mujeres religiosas para cumplir los votos ¿por qué se permitían unas casas, que dicen que hay, de mujeres malas? El Sr. Protector dijo muchas cosas para deshacer la objeción, y por fin nos remitió al estudio de la *fisiología* y todas aplaudieron estrepitosamente.

6 de Junio de 85.

¡Albricias! Y ¿quién me las dará? Ya tengo una amiga. Ya no estoy sola. Ha entrado al colegio la última nieta de la Sra. Marquesa de los Espinos. Nuestras relaciones datan de muy atrás. Recuerdo que mi madre visitaba á la Sra. Marquesa hace siete años, á aquella señora, modelo de finas maneras y de virtudes. Apénas conservo algunos recuerdos de su persona. Su cabellera, completamente blanca, encanecida prematuramente, contrastaba mucho con su rostro lindo y fresco todavía. Parecíame una gran dama á la Luis XV, con el cabello empolvado, de aquellas que yo había visto en las porcelanas de Sevres. Todo en ella era aristocrático: su familia, su porte, su hablar, sus virtudes. En su casa nos conocimos su nieta Lucía Mastelero y yo cuando éramos niñas de ocho años. Despues de muerta la Marquesa, sus hijos vinieron á menos, y por esta razón Lucía no ha tenido más recurso que ingresar á la escuela de San Amor. Desde el primer momento nos reconocimos y no cesamos de andar juntas; su educación y su ánimo se parecen mucho á los míos. Ella también echa de menos la religion. Nos reunimos á platicar de día, y por la noche en el ángulo más oscuro y apartado del colegio rezamos juntas algo, el rosario, si nos dan tiempo. Con su presencia me he envalentonado y

me atreví á preguntarle á Luisa Vélez, una rubia muy elegante, cada cuando se compasaba. Una lluvia de cuchifletas fué la confesión, nos rociaron de insultos como acostumbra rociarse de saliva estas *radicales*. No sé en qué hubiera parado aquella mofa si no viene á distraer la atención de nuestras enemigas un lance que ellas dijeron chistosísimo. Una vigilante y una colegiala comenzaron á darse carrilladas al extremo del corredor, en que estábamos, porque la una mandaba y la otra no quería obedecer.

12 de Junio de 85.

Temo que no se pueda escribir en este papel mojado de las muchas lágrimas que lloro. La clase de gimnasia ha sido para mí un infierno. Cuando llegó su hora procuré esconderme para no asistir; pero me fueron á sacar de mi escondite y me llevaron entre dos asida por los brazos. Ya la directora y el Sr. Protector me esperaban á la puerta de la cátedra. ¿Cómo—exclamó él—Vd. resiste á obedecer las órdenes de los superiores? Es Vd. una subordinada. Ya se le impondrá un correctivo muy duro.—Y luego procurando dar á su voz una dulzura persuasiva agregó:—Si es un ejercicio muy higiénico, sin el cual el desarrollo de la presente generación es imposible.—Vamos, Sr. Profesor Cuyás,—añadió dirigiéndose al maestro de la asignatura—cure Vd. de sustos á esta Señorita. Entónces el tal Cuyás me cogió sin miramiento alguno por la cintura y me levantó en vilo para que yo alcanzara á tomar dos argollas muy altas que pendían de las cuerdas. Yo me retorcí con cuanto esfuerzo pude por desasirme, pero aquellas manazas de hierro eran invencibles. (¿Dónde estabas, madre mía, que no acudiste en mi ayuda?) No hubo más recurso que ceder; me afiancé de las argollas y quedé balanceándome en el aire y sintiendo en el rostro algo como el resquemor de un cáustico.

¡Bien! ¡bien!—exclamó el Protector. Las discípulas alineadas frente y detrás de mí me saludaban con sus risillas de pilluelo. ¿Cuánto tiempo iría á durar yo en aquella picota? En eso llegó á nuestros oídos el canto de una muchacha que decía con voz fresca y robusta:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza. . .

Un movimiento de asombro sacudió á las alumnas y al Protector. ¿Quién cantaba aquello en aquel colegio? Era Lucía Mastelero. Alcancé á verla pegada al barandal de la galería alta. Seguía meciéndome yo en mis argollas y el airecillo piadoso seguía sonando.—¡Bien! ¡bien!—decía el Protector y se estremecía de vez en cuando como si le hiciesen cosquillas por detrás en el cogote, al escuchar la voz de Lucía.

—¿Quién canta?—preguntó por fin.
—Es una nueva, á quien no le obliga aún esta clase—respondió la Directora.

—Ya la haremos callar—dijo el Protector visiblemente enfadado.

—Mírame con compasión.
No me dejes, Madre mía. . .
No me dejes, Madre mía.
Madre mía, Madre mía.

Continuaba cantando la *gemebunda* vocécita de soprano de Lucía Mastelero.

El Protector no pudo contenerse más; sus ojos amarillos y pequellos lucieron con torvo brillo y dió media vuelta para salir en busca de la criminal, que osaba lastimarle con semejantes canciones.

En ese momento yo, presa de mil impresiones varias me sentí desfallecer, mis brazos se acalambraron, ví poblarse el aire de lucecitos de colores en fondo verde oscuro, me desprendí de las argollas y perdí el sentido. Lo primero de que díme cuenta al recobrarle fué un dolor agudísimo en el pecho, como si me le hubieran majado con una piedra. Una colegiala me tenía en brazos, otra me rociaba

la cara con agua fría. Y heme ahora, tendida en cama con un terrible golpe en el pecho, una luxacion en el pie izquierdo y otro golpe más cruel en mi corazón, condenado á presenciar la muerte de su modestia.

(Continuará.)

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XXIII

PRIMAVERA.

Duerme yerta la natura
De la tierra en derredor,
Sin follaje la espesura,
Sin ondas la linfa pura,
Y los jazmines sin flor.

Cubre Invierno la campiña
Con triste capa de nieve,
Se mira parda la viña,
Y ni el ave de rapiña
Entre las rocas se mueve.

Pero entonces Primavera
Pasa del mundo el dintel,
Y con risa lisonjera
Va recorriendo ligera
Desde el monte hasta el verjel.

Rasga la tierra su manto
De dolor y de tristeza,
Seca en sus ojos el llanto,
Y al sentir el nuevo encanto
Ciñe de azahar la cabeza.

Y vuelve el tronco rugoso
A vestirse de esmeralda,
Y el céfiro sonoro
Besa el boton ruboroso
Envuelto en rica guirnalda.

Tornan las aguas del río
A jugar en el remanso,
Donde lavan su atavío,
Con la espuma y el rocío,
La garza esbelta y el ganso.

Murmura la clara fuente
Que se oculta entre rosales,
Y sus alas el ambiente
Bate del roble en la frente
Y en las flores matinales.

Cuando en el Oriente asoma
La luz de bella alborada,
La cariñosa paloma
Arrulla en la verde loma,
Por el euro acariciada.

El azul del firmamento
Se cubre de franjas de oro
Y las ráfagas del viento
Gimen al dulce concento
De inmenso y sublime coro.

Amor despierta en su lecho
De caricias y de flores,
Y en ilusiones deshecho
Palpita el ardiente pecho
Con deseos arrobadores.

Todo es placer, todo es vida;
Hay por doquier afragancia;
Y hasta el alma dolorida
Vive en la estación florida
Con los sueños de la infancia.

XXIV

CREPUSCULO.

Su disco el sol esconde
Trás la empinada sierra,
Y lentamente oculta
La blanca cabellera.

Las nubes del Ocaso
De rojo y gualda ostentan
Lucientes, bellas franjas,
Que el cielo gris alegran.

En el Oriente asoma
La vespertina estrella,
Que entre celajes pardos
Despide luz serena.

Se extienden sombras leves
Por la feraz pradera,
Donde la rubia espiga
Al aire se cimbreaba.

Las auras vagarosas
Que en los maizales juegan,
Con sus rumores tristes
De duelo á el alma llenan.

Los bueyes laboriosos
Con tardó paso llegan
Al par que las vacadas
A los corrales entran.

El campesino rústico
De su labor regresa,
Y con sus tiernos hijos
Su acento á Dios eleva.

Los picos de los montes
Destacan sus siluetas
En el negruzco cielo
Que invaden las tinieblas.

Se pierden las colinas
Y las floridas vagas,
Y el águila retorna
A la escarpada cresta.

En los tranquilos hatos
Se encienden las hogueras
Que con rojizas llamas
Alumbran las ovejas.

El pájaro enmudece
En la frondosa selva,
Las fuentes y los lagos
Retratan las estrellas.

Y en las agrestes chozas
Las luces reverberan
Como astros desprendidos
De la azulada esfera.

En místico silencio
Doquier la noche reina,
Y envuelta con sus gasas
Descansa ya la tierra.

XXV

Al Sr. Lic. Casimiro Salazar y á la Sra. Doña
Eloisa Pérez de Salazar.

Como el estivo sol sus hebras de oro
Manda sobre la tierra alborozada,
Como riega su aljófara la alborada
En el rojo clavel y el sicomoro,

Así manda sus auras la ventura
Sobre vosotros, que sentís ahora
El tierno halago de sonriente aurora,
De ardiente amor la sensación más pura.

Mas en las sombras de la noche fría
Mueren del sol los rayos esplendentes,
Y al soplo de las ráfagas candentes
Se evaporan las lágrimas del día.

¿Pasarán los instantes placenteros
De vuestro amor y vuestra dicha inmensa?
No mueran, no; que la aflicción intensa
Nunca siembre de cardos los senderos

Do vuestra planta enamorada posa.
Es tan triste la vida sin sus flores,
Como el ave sin nido y sin amores,
Como el alcor sin la gallarda rosa.

Sed felices, gozad la dulce calma
Que amor y religion hoy os ofrecen;
Sus flores en el pecho es donde crecen;
Sean eternas, como eterna es vuestra alma.

(Continuará.)

PROTECCION DE MARIA.

ISABEL BESORA Ó LA PASTORCILLA DE REUS.

ASOLABA la peste á últimos del siglo XVI las más bellas comarcas catalanas, cebándose de un modo particular en la que se conoce por Campo de Tarragona, á la cual pertenece la importante ciudad de Reus que cuenta actualmente más de 40,000 almas. En la calle del Hospital de dicha ciudad existía una humilde vivienda, que hoy constituye la casa núm. 25 de la misma calle. Vivía allí modestamente una pobre familia, compuesta de matrimonio y de una hija de diez y siete años: el padre, llamado Juan Besora, era tejedor y tintorero; la madre se llamaba Catalina, y la hija Isabel. Hallábase ésta bajo la protección de un tío, quien le había encomendado el cuidado de un pequeño rebaño de ovejas.

Era el 25 de Septiembre de 1592. Los pri-

meros albores de la aurora apenas iluminaban el horizonte: en Reus reinaba profundo y lúgubre silencio; sus calles estaban desiertas; sólo una pastorcilla discurría por ellas conduciendo pobre rebaño; llega á la puerta de San Juan; toma el camino de la *Creu dels Corps*; se dirige hacia el torrente de Calsans, hoy barranco del Escorial, y, alejándose luego de allí, se detiene al fin en un prado cubierto de verde yerba, perteneciente al labrador Pedro Coehí, desde cuyo punto domina toda la población.

No podemos asegurar cuáles fueron las ideas que en aquellos momentos preocupaban á Isabel Besora, que tal era la indicada pastorcilla: acaso su espíritu contristado por los atrozadores estragos de la muerte, elevaba ferviente súplica á la Virgen de Belen, que recibía entusiasta culto de los reusenses: tal vez rogaba con lágrimas en los ojos que intercediera por su amado pueblo.

De improviso aparece en el firmamento brillantísima y hermosa luz que desciende á la tierra, descubriéndose en medio de ella bellísima nube que sirve de trono á la Virgen Inmaculada, rodeada de Angeles. Fácil es concebir la admiración que produciría en el ánimo sencillo de la pastora espectáculo tan inesperado y sorprendente, y los transportes de alegría y espiritual gozo que experimentaría su corazón, y el fervor grandísimo con que adoraría á la Reina celestial. Por lo que hace á Esta, después de bendecir á la pastorcilla, le dijo: "Hija mía, te ordeno que vayas á la villa de Reus á decirles que Yo soy la correudentora y la Madre de tu pueblo: dirás á los Jurados que en otros tiempos cuidaban de hacer arder una vela en la Iglesia, y hoy la tienen olvidada; y que si quieren librarse del contagio, han de continuar en la misma devoción que ántes. Yo, en nombre del Todopoderoso, les prometo grandes favores.—Señora, respondió Isabel, no me creerán.—Vé, repuso la Virgen, y si no te creen, déjalos y vuelve." Y dichas estas palabras, desapareció la vision.

Isabel se dirige presurosa á Reus, sin cuidarse del rebaño, y pensando únicamente en la celestial aparición y en cumplir el precepto de la Virgen. Encuentra á los Jurados reunidos celebrando sesión en la casa del Consejo, que ocupaba entonces lo que hoy es parte del solar de la nueva pescadería; les refiere cuanto sus ojos habían visto, y el encargo de la Santísima Virgen; pero los Jurados, como supusiera la pastorcilla, niegan todo crédito á sus palabras, y la despiden cual si se tratara de una visionaria ó impostora.

No se detiene Isabel ante tan gran contrariedad; y, fiel á las órdenes de María, corre al lugar de la aparición, y, puesta de rodillas, le dirige humilde súplica.

La Virgen se aparece de nuevo circuida de radiante luz y sentada sobre la blanca nube, y le dice á la pastora: "Hija querida, tus ruegos y suspiros han llegado hasta el trono de mi Hijo Jesus, y por mi intercesión se ha dignado perdonar á ese pueblo de Reus: anda, hija, anda y diles que no cesen de hacer arder una vela delante de mi Hijo Jesus Sacramentado. Ahora te creerán con esta señal." Y diciendo así, tocó con su sagrada mano la mejilla derecha de la pastora, é imprimió en ella la señal de una hermosísima y encendida rosa, que no se borró hasta pasadas veinte y cuatro horas.

Vuela la pastorcilla á Reus; se presenta ante el Consejo de Ciento y Jurados que continuaban aún celebrando sesión; les refiere lo que la Santísima Virgen le dijera; observan la bellísima rosa que llevaba estampada en su rostro, y no pudiendo menos de reconocer la verdad de la narración de la humilde joven-cilla, exclaman todos á una voz ¡*Misericordia!* Desde entonces es conocida con este dulce título la santa Imágen, que se denominaba á la sazón de Belen.

Los Jurados, ansiosos de conocer los detalles de tan extraordinario fenómeno, preguntan á la pastorcilla cuál era la Señora que

se le había aparecido; y ella les manifiesta que era de hermosura tanta que jamás creyó que sus ojos pudieran ver otra semejante, y que su rostro se parecía algo al de la imagen de la Virgen de Belen. Indescriptible es el gozo que se apodera de los ánimos de cuantos la escuchan: la noticia del milagro de la aparición circula con la rapidez del rayo por toda la villa: todos acuden á la Casa Consistorial deseosos de ver á la pastora: los enfermos se levantan de sus lechos, y se unen á la multitud que corre á cerciorarse de la verdad del sobrenatural suceso: la epidemia cesa como por encanto, no sólo en la población sino en toda la comarca: de todos los pueblos próximos acuden á la favorecida Reus; y todos se postran en acción de gracias á los pies de la imagen de la Virgen de Belen, que tan justamente mereciera ser llamada de Misericordia.

El Consejo y Jurados, acompañados de la pastora, salen procesionalmente y se dirigen á la capilla de Belen, donde el reverendo señor prior D. Gabriel Cuyat y la reverenda Comunidad entonan solemnemente *Te Deum* en acción de gracias. La calle de Monterols se ve inundada por innumerable muchedumbre: todas las calles de Reus se engalanan con colgaduras, ramas de árboles y vistosos adornos: por la noche apareció iluminada toda la ciudad, y durante toda ella tuvo que permanecer abierta la capilla de Belen demasiado reducida para contener la inmensa multitud de los agradecidos habitantes de Reus y sus contornos, que acudían á tributar á la Virgen el homenaje de su profundo reconocimiento.

Al día siguiente comenzaron las fiestas con un repique general de campanas, celebrándose despues solemnemente los Oficios Divinos en la misma capilla por la reverenda Comunidad de beneficiados, con asistencia de los Jurados y Consejo y de la pastora. Refiérese que ésta permaneció arrodillada y con una vela encendida mientras duró el Oficio Divino, y que, apénas terminó éste, desapareció de su rostro la rosa. Tres días duraron aquellas animadas fiestas, así civiles como religiosas: se organizaron vistosas danzas de juglares; durante la noche se iluminaron las calles; sencillas y populares músicas contribuían á aumentar el público regocijo; al toque de oraciones se disparaban salvas de bombardas y *masclots* ó morteretes en la plaza del Mercado de Dalt, hoy de la Constitución, y sólo reinó la más pura alegría donde horas antes oíanse únicamente lúgubres y tristes gemidos y ayes de dolor.

Tal es la historia de la aparición milagrosa de la famosa Imagen de la Virgen de la Misericordia, patrona de la ciudad de Reus, cuyo Centenario se celebró el año pasado con lucidos festejos y espléndidos cultos, y cuyo Santuario es uno de los más renombrados del Principado de Cataluña.

ORA PRO NOBIS.

Lucero hermoso de la mañana,
rosa galana
de Jericó;
Madre inefable de la ternura,
tú la más pura
que Dios crió;
Resplandeciente luz de la aurora,
tú del que llora
grato sosten.
Blanca paloma, que envuelta en galas,
tiende sus alas
al patrio Eden;
Tú, á quien el coro de los Querubens,
entre albas nubes
volando en pos,
canta con tierna suave armonía:
¡Salve, María,
Madre de Dios!
Ruega por todos los pecadores
por tus dolores
junto á la cruz,
y haz que las sombras en que desmayo
disipe un rayo
de viva luz.

Ruega, ¡oh venero de amor profundo!
por el que el mundo
ya abandonó,
por los que cruzan el mar bravío,
por el impío
que á Dios negó.
Por los que sufren y los que lloran,
por los que imploran
de Tí piedad,
por los tiranos que al mundo oprimen,
por los que gimen
en la orfandad.
Inmaculada Reina del cielo,
tierno consuelo
del corazón,
bálsamo suave de la amargura,
tabla segura
de salvación. . . .
Pues de tu Hijo todo lo alcanzas,
mis esperanzas
yo cifro en Tí;
ruega por todos, y en mi agonía,
Virgen María,
ruega por mí.

Un rasgo de San Antonio.

ERA el siglo XIII; el siglo de hierro.
Temblaba entonces Italia al oír solamente el nombre del feroz Ecelino III, lugarteniente y yerno del emperador Federico II. Vicenza, Brescia, Verona acababan de ser tomadas por asalto y entregadas á los ultrajes de una soldadesca desenfrenada. Pádua temía sufrir igual suerte. Llegó esto á noticia de Antonio, quien, por librar á sus conciudadanos de tan gran peligro, corrió á Verona, penetró, con la intrepidez de Elías, en el palacio del nuevo Acab, se dirigió á Ecelino y le habló así: "Tirano cruel, monstruo insaciable, ¿hasta cuándo seguirás derramando sangre cristiana? El juicio se acerca y tu sentencia está ya firmada. ¡Terrible será tu castigo!"

Los satélites del sanguinario Ecelino sólo aguardaban una señal suya para lanzarse sobre el audaz monje; mas quedaron sorprendidos al verle, calmada su ferocidad y vuelto tan suave como un corderillo, colgar de su cuello el talabarte, postrarse á los pies del religioso y prometer que satisfaría á la divina justicia. "He visto, dijo despues á su gente, para explicar su proceder; he visto que salían de los ojos de ese fraile rayos tan amenazadores que he temido ser precipitado á los abismos." Antonio había triunfado, Pádua era salva. Así, ocho siglos ántes, el Papa San Leon detuvo milagrosamente en las orillas del Mincio al bárbaro Atila.

Aun cuando el siglo XIII nos tiene acostumbrados á tan sorprendentes acontecimientos, acontecimientos en que la virtud lucha con el vicio y obtiene la victoria, el triunfo de San Antonio no deja de causar grandísima admiración: un religioso jóven, solo y desarmado, afronta la cólera de un monstruo como Ecelino, de un monstruo que tenía las manos tintas en sangre de sus compatriotas, de un monstruo que dejó perecer de hambre, en los calabozos de Vicenza, á tiernísimos niños de pecho y á sus madres.

La embajada y triunfo de San Antonio tuvieron grandísimo eco y le valieron tal influencia en las ciudades de la Italia septentrional, que Ecelino hubo de confesar que temía más á aquel monje que á todos los ejércitos de los güelfos.

Poco tiempo despues de la entrevista de Verona, el tirano quiso poner á prueba la abnegación y desprendimiento del Santo y le envió dos soldados, que le llevaban magníficos presentes, con orden de que si los aceptaba le diesen muerte al punto. Antonio no se dejó ganar por sus palabras falaces, les mandó retirarse de su presencia, y rechazó aquellos regalos porque eran el precio de la sangre de los pobres. Así quedaron deshechos los planes de Ecelino. Desde aquel día y mién-

tras vivió San Antonio, el tirano se mostró menos cruel y cometió menos atropellos. Sea temor al Juicio de Dios, sea vuelta momentánea á sentimientos humanos, es lo cierto que prohibió á sus seides que causasen el menor mal á nuestro Santo. "Es verdaderamente un hombre del Señor, solía decir á su gente; es un Santo. Cumple con su deber cuando reprende nuestros vicios; cumplamos el nuestro dejándole su libertad."

De ella se aprovechó San Antonio para hacer oír su palabra en las ciudades más infestadas por la herejía y procurar la vuelta de los sectarios al seno de la Iglesia. En Italia los resultados excedieron á sus esperanzas. Rimini volvió á la fé despues de la milagrosa predicación del Santo á los peces del Atlántico y de la Mercechia; Florencia y las ciudades vecinas lloraron sus extravíos.

No fueron menos sorprendentes los efectos de su palabra en Berri, la Provenza y el Languedoc, á donde le envió el Santo Patriarca para que continuase los trabajos de Santo Domingo y detuviese los progresos de la herejía maniquea. En aquella ocasión fué cuando mereció que los Soberanos Pontífices le llamasen Arca del Testamento y Martillo infatigable contra los herejes.

Hemos querido publicar el anterior relato histórico, fragmento de la obra de Cherancé, como un homenaje á la memoria de San Antonio de Pádua y como lección preciosísima que enseña lo que hace el *dón de fortaleza* en el alma de los Santos y lo que con ese *dón* pueden hacer en la sociedad.

En este siglo de componendas, cobardías, mistificaciones y debilidades, en el que los poderes de la tierra parece como que quieren esclavizar á los poderes del cielo, rasgos como el de San Antonio de Pádua alientan, consuelan y enseñan.

Dios es pacientísimo, pero llegada la hora de abatir el poder de los tiranos, le basta sólo enviar su *dón de fortaleza* á un hombre para transformar el mundo.

¿Por qué no hemos de confiar más en Dios y esperar más de la verdad clara dicha con fortaleza, que de las cábalas y componendas políticas? ¿No se ve cada día más claramente que ni las armas, ni la diplomacia, ni las concesiones, ni los halagos hacen retroceder á la bestia que avanza día por día descristianizando á España y arrancando por medio de la libertad y el desenfreno de todo lo malo la poca fé que queda al pueblo español?

El día que [no lo permita Dios] llegue á hacerlo suyo por completo y caigamos de lleno en la hipótesis neo-pagana ¿cómo volveremos á la tesis del Evangelio?

¿Dando el cuello como los Apóstoles?

¿Pues por qué no damos ahora el dedo echando á un lado paliativos y cobardías?

No hay cañon que iguale á la boca del que en nombre de Dios dice la verdad desnuda. Ejemplo: San Antonio de Pádua ante Ecelino.

ADOLFO CLAVARANA.

EL TENTADOR.

Trás el triunfo primero
que dió al hombre fatal sabiduría
el tentador artero
nos acecha incesante noche y día.

Es la misma traidora
serpiente que en silencio se desliza,
aguardando la hora,
sorda al consejo de impaciente prisa.

Candideces simula,
nadie fué, al parecer, tan inocente,
y á cada cual adula
mientras aguza el alevoso diente.

Y no se sabe cuándo
el veneno insidioso nos sorprende,
ya es la cumbre del mando,
ya es el lecho de flores que amor tiende.

Sentimos, sí, el estrago
de la pasión del alma ántes tranquila,

como á la voz de Yago
se estremece de Oteló la pupila.
Fermenta la venganza
qual hidrofobia de implacable hiena,
huye la confianza,
se mira con dolor la dicha ajena.
El amigo recela
del apretón de manos del amigo,
acoge con cautela
el filántropo el ruego del mendigo.
El humilde ambiciona
lo que sin crimen alcanzar no puede;
el alma se eslabona
á algo terrible que á su afán no cede.
Y el tentador reposa
enroscado en su forma de serpiente;
... la víctima solloza
y él se deleita en su actitud doliente!

Rafael Núñez.

Un milagro.

LOS muertos resucitan á la luz de los mecheros de gas del siglo XIX, lo mismo que resucitaban á la luz de las lámparas romanas de la Iglesia de las Catatumbas. Nosotros hemos visto levantarse á uno de su ataúd al impulso de una voz misteriosa: el primer destello de su inteligencia fué reconocer á su padre: el primer latido de su corazón fué arrojarle á sus brazos. ¡Si no hubiéramos creído de ántes, hubiéramos creído entónces!

Felipe era á primera vista un tipo ordinario: estudiado á fondo, era un tipo original, que en la juventud rara vez se encuentra. Amante del *sport*, bailarín infatigable en las reuniones de la *high life*, conocedor de todas las intrigas de salón y de todos los chismes de bastidores, parecía uno de tantos jóvenes frívolos, á quienes el placer encadena con lazos de flores. No eran, sin embargo, las pasiones de la juventud las únicas que esclavizaban á aquella alma de extraño temple: sobre todas y ántes que todas tenía allí su asiento esa otra pasión que llama la Sagrada Escritura *putredo ossium*: podredumbre de los huesos. ¡La insaciable ambición propia de la edad madura!

A los veintidos años, fecha en que le conocimos, Felipe se había propuesto ya un objeto, y friamente calculador, profundamente reservado, subordinándolo todo á su egoísmo, caminaba derecho hacia él con esa lenta actividad del prudente que marcha tras un deseo: con esa tenaz constancia, propia de los caracteres de hierro, que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin. Su talento natural, su exquisito trato, y sobre todo el precoz conocimiento de los hombres, que un don de observación, rarísimo en su edad, le había proporcionado, le allanaban todos los caminos. Para él eran todas las cosas y personas distintas piezas de ajedrez que movía de cerca ó de lejos para adelantar su jugada: una simple visita, una vuelta

de wals, una invitación hecha ó aceptada, eran siempre en Felipe cosas previstas y reflexionadas.

Sólo en una cosa no había reflexionado nunca: en que tenía un alma.

En Septiembre de 187... llegó á Madrid la viuda de Z**, señora principal, amiga de Felipe: éste se apresuró á visitarla. Volvía esta señora de Inglaterra, y traía una comisión de las religiosas del Sagrado Corazón residentes en York, para la Superiora del colegio que estas mismas religiosas tienen establecido en Chamartín de la Rosa. Suplicó la señora á Felipe la acompañase al colegio, y éste aceptó gustoso. Educábase allí la hija de un Grande, de quien Felipe esperaba mucho, y halló en esta visita ocasión oportuna de congraciarse con el padre, haciendo algunos festejos á la hija.

Felipe jamás había visto de cerca á una monja, así fué que al aparecer la Superiora en el gran salón de visitas, fijó en ella una mirada curiosa [1]. Aquel porte majestuoso al par que modesto, aquel saludo en que se traslucía cierto *chic* del gran mundo, imposible de ocultar á un observador tan consumado como Felipe, le hicieron pensar aún ántes de que la religiosa hablase. Es una señora.

No era, sin embargo, hombre á quien deslumbraban apariencias; y aunque la religiosa hablaba francés como una parisiense del *faubourg*, y saludaba con el señorío de una infanta de España, Felipe exigía y esperaba más de aquel hábito negro, y lo encontró en efecto. Encontró una serena gravedad que jamás había visto sino en las imágenes sagradas: una afabilidad ingénua que le atraía imponiéndole respeto: un *no sé qué*, que no sabía definir, no obstante su sagacidad, y que no era otra cosa sino el aroma de sus virtudes que florecían en aquella alma.

Sin duda es una santa, pensó Felipe; y encontrándose tímido por primera vez en su vida, no se atrevió á preguntar por la hija de su amigo.

La Superiora les invitó á ver el colegio y les refirió la historia de su fundación. Pertenecía este edificio á la casa Pastrana: desearon las religiosas adquirirlo, y por una tercera persona solicitaron del Duque la venta. Negóse éste á ella; pero enterado á poco de quienes eran las solicitadoras, y para qué objeto destinaban la finca, contestó que persistía en no venderla; porque quería hacerles donación de ella, como lo hizo en efecto [2.] En es-

(1) Esta digna religiosa vive todavía y ocupa en la actualidad un importante cargo en su Orden. Tan sólo por no ofender su modestia dejamos de consignar aquí su nombre.

[2] Frente á esta quinta poseía el mismo duque de Pastrana otra, llamada la *Quinta del Recuerdo*; la cual, con una generosidad no extraña en el ilustre Duque, cedió hace tres años á la Compañía de Jesús, para que estableciese

te edificio se hospedó Napoleón I cuando la indomable energía de los madrileños de 1808 le hizo detenerse en Chamartín, y emprender desde allí aquella famosa retirada, que tuvo á los ojos de algunos, visos de fuga. Aún se enseñaba no hace mucho tiempo la alcoba, teatro entónces de las vacilaciones del César que, después del cólera morbo, ha barrido la humanidad con más gloria.

Al despedirles en la portería ofreció la religiosa á la señora algunas medallas y varias estampas. Sacando luego un pequeño escapulario del Sagrado Corazón, preguntó á Felipe si sería indiscreto el ofrecerle aquel recuerdo. Felipe lo aceptó con entusiasmo no fingido, y lo llevó á sus labios: luego lo guardó en su elegante cartera de piel de Rusia; junto á las tarjetas de visita y algunas cartas de letra menuda, que despedían un suave olor de finísimo *pachouli*.

La religiosa se sonrió tristemente. Pasaron dos años sin que operasen en Felipe variación alguna: el presente le halagaba, el porvenir le sonreía, y aquella vida de placeres y de intrigas absorbía todo su ser, porque era en él genuina, le era natural como su espuma al torrente.

Crecía en él la ambición con el logro de sus primeras esperanzas; y semejante á la planta viciosa, que arrebatada á cuantas la rodean los jugos de la tierra, sólo ella tenía frescura, sólo ella tenía savia que le diese vida y lozanía. Un título de conde que había llevado en otro tiempo su familia era el blanco á que, como medio de llegar más lejos, se dirigía entónces Felipe; mas era necesario para recobrarlo pagar las lanzas atrasadas, y no permitían este considerable dispendio las ya mermadas rentas del ambicioso. Para obviar este inconveniente habíase captado Felipe la confianza de cierto hombre político, conde de nuevo cuño, y con el fin de activar su negocio determinó pasar la primavera en la populosa X**, donde á la sazón se hallaba el personaje. Era éste uno de esos hombres vulgares, á quienes la previsión de otros más sagaces eleva á altos puestos, para que en ellos sirvan de pantalla á sus torpes manejos. Felipe, que encontraba siempre en las flaquezas de los demás poderosos auxiliares para su propio provecho, había estudiado el flaco del señor conde, y al propio tiempo poseía ya su confianza.

Partió, pues, para X** llevando consigo un objeto harto extraño en un hombre de su especie: el escapulario del Sagrado Corazón que la Superiora de Chamartín le había dado. Desde entónces la moda había sustituido

en ella uno de sus colegios. Sirva aquí la conmemoración de este generoso hecho, como una leve prueba de la gratitud que le deben y le profesan los Hijos de San Ignacio.

en el bolsillo de Felipe una larga serie de carteras, distintas en corte y en materia; mas en todas ellas encontraba albergue el pequeño escapulario. Porque aquel hombre que nunca murmuraba una oracion; aquel hombre que nunca elevaba al cielo el pensamiento, y no comprendía por qué llaman á la tierra valle de lágrimas, no acertaba á separar de su pecho al Corazon de su Redentor, brotando llamas que no le encendían y sangre que él despreciaba. ¡Cuál fuese la causa de esto, él mismo la ignoraba: tan sólo Dios hubiera podido explicarlo!

Una noche se dirigió Felipe al teatro; cantábase *Fausto*, la famosa partitura de Gounod. La *diva* hacía prodigios, nadie había interpretado hasta entónces con *floritures* más dulces y gorgoritos más intrincados, la inocente desvergüenza de la heroína de *Goethe*.

Millares de almas redimidas con la sangre de Cristo arrojaban flores y joyas á los pies de aquella ruin mujer, cuyo mérito consistía en hacer el vicio amable y á la inmoralidad deleitosa.....

Felipe no era inteligente ni aficionado; pero era de buen tono serlo, y rotos los guantes de tanto aplaudir, ronca la voz á fuerza de gritar ¡*bravo!* subió al final del tercer acto al palco de su amigo el flamante conde. El entusiasmo era allí indescriptible: la condesita había puesto una sortija de brillantes en su *bouquet* de violetas tempranas, y lo había arrojado á los pies de la *diva*. La condesa, pacífica señora, que se dormía en todos los andantes y despertaba en todos los *allegros*, sólo había dado alguna que otra cabezada; y hasta el grave conde, desarrugando aquel pliegue del entrecejo, que encerraba como el de Napoleón los destinos del orbe entero, y evocando añejas reminiscencias de fusas y semifusas, corcheas y semicorcheas, había dicho en el colmo del entusiasmo:

—Es una voz pastosa que.....

Y nada más dijo Su Excelencia, porque nada más le inspiró Euterpe, la musa de las armonías, inventora también, según dicen, de la flauta.

—¡Felipe! gritó la condesita no bien apareció éste en el palco. ¿Ha oído V. alguna vez cosa semejante? ¡Qué voz! ¡qué arte! ¡qué frescura! ¡qué modo de vocalizar!... ¡Y al mismo tiempo es una actriz consumada! ¡Qué manera de expresar la pasión!..... ¡Y qué elegancia en el traje!... Ese escote bajo y al mismo tiempo cuadrado es *une gracieuse création* que ha de ponerse de moda. ¡Lástima que en España no se sepa premiar el mérito!...

—Perdone V., Mariquita, le interrumpió respetuosamente Felipe. Ovation como la de esta noche en pocas partes la habrá alcanzado.

—¡Eso no basta! gritó sulfurada la entusiasta *dilettante*. ¡Es necesario hacerle un regalo régio si no queremos dar que reír al mundo entero!— ¡Cincuenta mil francos costó el aderezo que regalaron en París á la Bribo-nini la noche de su beneficio!... Es necesario abrir una suscripción... Papá, tú la encabezarás con diez mil reales: mamá, tú otros diez mil.

El pliegue del señor conde tomó tintes tan sombríos como si viese destruirse el equilibrio europeo, y la condesa se quedó tan despierta, que espantó para toda la noche el sueño de sus ojos.

—¿A que van á decir que no? prosiguió la condesita con un mohín de niña mimada. ¿Qué importa diez mil reales?... ¿Acaso no vas á ser pronto ministro?...

El conde sonrió con la serena majestad de Júpiter Olímpico, y animada la señorita continuó:

—Esa garganta vale todo el oro del mundo; y si en todo se gasta, ¿por qué no se ha de gastar en eso?... Sólo para una novena dió mamá ayer cincuenta reales, y yo di veinte... No hay remedio, vamos á hacer la lista... Papá diez mil reales; mamá otros diez mil, yo doy los dos mil que me dió papá el día de mi santo... Felipe, V. otros dos mil por lo menos... Vamos, deme V. la cartera, que quiero hacer yo misma la lista.

Aturdido Felipe con aquella charla, sacó maquinalmente la cartera, y la presentó á la condesita. Mas acordóse de repente de que iba en ella el escapulario del Sagrado Corazon, y rápido como el pensamiento lo sacó con la ligereza de un prestidigitador, ántes de entregársela. Luego lo dejó caer con disimulo al suelo, y empujándolo con el pié lo arrojó debajo de una banquetta.

Temía las burlas de aquella niña casquivana y nada devota si veía el santo escapulario en la cartera de un elegante: temía sobre todo que la necia ignorancia y perversas ideas del conde se alarmasen si encontraba en su poder aquel piadoso emblema de que hacían gala los reaccionarios. Un movimiento de disgusto y de vergüenza se apoderó sin embargo de Felipe, no bien arrojó el escapulario: parecíale como si hubiese hecho traición á su más excelente amigo.

—Luego lo recogeré, pensó entónces. Pero aunque varias veces intentó hacerlo, impedíanle los dibujos de la alfombra distinguir aquel pedazo de tela, y al terminar la ópera vióse precisado á ofrecer el brazo á la condesa para acompañarla hasta el coche. No bien arrancó éste, volvió Felipe al teatro: oscuro ya y desierto, presentaba éste el aspecto del alma cuando, desvanecidos los brillantes fantasmas de la tentación, queda solitaria y á oscuras en las amargas tinieblas del pecado. A la luz de varios

fósforos que encendía, buscó Felipe el escapulario por todos los ricones del palco: pero ya no parecía. Sin dudas las largas colas de aquellas mujeres mundanas, habían arrastrado fuera la sagrada imágen del Corazon de Cristo!

Felipe, triste y malhumorado, se dirigió entónces al hotel en que se hospedaba.

No duró mucho en Felipe aquella impresion saludable; porque si bien distaba mucho su carácter de ser frívolo, había demasiadas malezas en aquel corazon para que pudiese florecer allí el lirio santo de un buen pensamiento. Varias veces acudió sin embargo á su memoria el recuerdo del escapulario perdido.—¿Quién me dará otro? se decía entónces con cierta tristeza.

Aquella tarde bajó Felipe como de costumbre á comer en la mesa redonda. Para un carácter observador como el suyo, era cosa digna de estudio ese continuo movimiento que se nota en las grandes fondas: aquella multitud de tipos diferentes en sexo, en edad, en clase y en idioma, ofrecía ancho campo á sus observaciones. Mas nunca se le ocurrió compararaquel tráfago incesante, con el tráfago también incesante de la vida humana. A ella llega el hombre de paso como á la fonda: ¡descansa, paga y marcha para no volver nunca!... En esto jamás pensaba Felipe.

Frente por frente de éste sentábase diariamente á la mesa una opulenta señora norte-americana, que viajaba por Europa. Era *Mistress W*** una anciana católica y piadosa en alto grado, que llevaba sus cabellos blancos con la misma dignidad que una corona en que Dios hubiese grabado la palabra *experiencia*, para que los hombres contestasen con la de *respeto*. Felipe había entablado con ella esas relaciones que con tanta facilidad se estrechan en la vida de fonda, como medio de evitar el aislamiento que le es anejo. *Mistress W*** de biáde partir al día siguiente, é invitó á Felipe á tomar una taza de té en sus habitaciones. Este no pudo excusarse sin pasar por grosero; pero despidióse de la anciana no bien le fué posible, para correr al teatro, donde el conde le había citado.

*Mistress W*** le acompañó hasta la puerta de su gabinete, y entregándole un sobre cerrado, le dijo:

—Dejo á V. este recuerdo mío: estoy cierta de que sabrá usted conservarlo.

Felipe, á quien consumía la impaciencia, subió de dos en dos los escalones de la escalera que conducía á su aposento, renegando de las atenciones de la buena *Mistress W***. Arrojó sobre una mesa el sobre sin mirarlo, y cambiando á toda prisa de traje corrió al teatro. El conde le esperaba también ansioso: había recibido aque-

lla mañana una carta del ministro encargándole una misión harto difícil para sus cortos alcances, y esperaba encontrar ayuda y secreto en el talento de Felipe. El ministro añadió también como postdata, que el negocio de éste le era sumamente fácil, y que bastaba una pequeña ilegalidad para ponerle en posesión de su antiguo é ilustre título sin necesidad de ningún desembolso.

El conde empezó, como era natural, por leer á Felipe la postdata del ministro, y acabó por proponerle el negocio que á él interesaba. Felipe no se apresuró á aceptar: frío y sagaz como siempre, conoció á primera vista lo ventajoso de su posición, y resolvió sacar de ella todo el partido posible. Sorprendido el político improvisado, vióse en la necesidad de acceder á cuanto Felipe deseaba, y cerróse al fin el contrato, no sin grandes protestas de amistad paternal por parte del conde viejo, y de generoso desinterés por parte del conde joven.

A las doce volvía éste á la fonda, feliz y satisfecho como nunca: con las manos metidas en su *pardessus* forrado de seda, caminaba tarareando el aria de *Desdémona assisa al pie d'un salice*, que acababa de oír en el teatro, llevando sobre la cabeza ese inmortal cántaro de la lechera, que nunca acaban de romper los hombres.

Al entrar en su aposento encendió una bujía que halló sobre una mesa: á su pie vió entonces el sobre que tres horas antes le había dado *Mistress W***. Un movimiento de curiosidad le impulsó á abrirlo; rasgó el sobre, y un escapulario en todo igual al perdido se presentó á su vista. Rojo como una mancha de sangre fresca se destacaba el corazón sobre la franela blanca: por debajo se leía el mismo letrero: *Detente: el Corazon de Jesus está conmigo.*

Felipe quedó por un instante sin voz y sin movimiento: poco á poco se levantó su pecho, y un tremendo sollozo, semejante al rugido de un león herido, se escapó de sus labios: cayó luego de rodillas, apretando el escapulario entre sus dedos crispados, y ocultó la cabeza en una butaca. Un dolor agudo le traspasaba el corazón como con un cuchillo, y una angustia horrible le subía á la garganta como si fuese á hogarle. Felipe creyó que iba á morir, y gimió entre sus dientes apretados.

—¡Ahora no, Dios mío: ahora no! . . . ¡Una hora tan solo!

Pasó una hora y otra, y aquel inmenso dolor se revolvía en el pecho de Felipe buscando salida, como una fiera en su jaula, dejando escapar tan solo sollozos entrecortados, roncacos, sin lágrimas, secos como truenos sin nubes y sin lluvia. Un torrente de lágrimas brotó al fin de sus ojos, y de-

sahogado su pecho, respiró libremente. Fuéronse entonces apagando poco á poco aquellas inmensas olas de amargura, para dejar lugar á un dolor sosegado, tranquilo, pero amargo y profundo como son también las olas de la mar en calma. La memoria vino entonces á poner ante su vista lo innumerable de sus pecados; la reflexión le hizo comprender su enormidad inmensa; y la voluntad, la cobarde voluntad, reina del hombre, tan osada para el mal, tan flaca para el bien, se sintió desfallecida.

—¡No puedo! ¡no puedo! gimió el desgraciado. ¡Para mí no hay perdón posible! . . .

Y el gusano del remordimiento, tomando en su conciencia las proporciones de una víbora, mataba en aquella alma la santa y dulce esperanza. Vió entonces el infeliz representarse distintamente en su imaginación un corazón resplandeciente ceñido por una corona de espinas: tenía una herida por la parte superior y no por la inferior como se suele pintar: de ella salía una llama. Una mariposa de brillantes alas revoloteaba en torno y desapareció al fin dentro de la herida, atraída y devorada por aquel fuego divino. Al mismo tiempo una luz vivísima alumbraba el entendimiento de Felipe, para hacerle comprender que el pecador es el gusano inmundo: la penitencia el capullo con que él mismo se encierra, y el perdón aquellas hermosas alas que elevan el alma hasta el mismo Corazón de Cristo. Allí en lo profundo de su sér, parecióle escuchar entonces aquellas palabras del hijo pródigo, que jamás había oído ni leído: *Surgam et ibo ad patrem meum*: "Me levantaré é iré en busca de mi padre."

Y Felipe se levantó en efecto. Ya la claridad del alba iluminaba el horizonte: aun tenía puestos sus finísimos guantes de piel de Suecia; aun estaban en el ojal de su levita dos violetas mustias, regalo de la hija del conde. Desnudóse entonces aquel traje para ponerse uno sencillo de mañana, y se dirigió á la catedral. Hallábase desierto el inmenso templo, y la luz del crepúsculo que penetraba por las rasgadas ventanas de Oriente, prestaba á las majestuosas bóvedas ese tinte de divina sublimidad, que dobla involuntariamente las rodillas, y pone en los labios espontáneas alabanzas á Dios. Felipe se arrodilló ante un confesonario vacío, una imagen de la Virgen con un puñal clavado en el pecho se hallaba en frente.

—¡Yo te herí! exclamó Felipe con profunda amargura. ¿Cómo he de llamarte *Madre*? Y sin embargo, ¡Madre! ¡Madre! ¡á tí te imploro! . . . Lágrimas más dulces corrieron entonces de sus ojos, y al invocar á la Madre de Dios, parecióle que aun

antes de darle el perdón, allí en el fondo del alma se lo prometían.

Un sacerdote asomó al fin por una de las naves: Felipe se levantó al punto, y le pidió que le confesase. El sacerdote pareció titubear un momento; pero al fijarse en aquel rostro pálido y desencajado, al ver aquellos ojos rojos é hinchados por las lágrimas, que le miraban con indecible angustia, inclinó la cabeza en silencio y entró en el confesonario. Felipe se arrodilló á sus pies, é hizo confesión general de toda su vida.

Asombrado el confesor de tanto dolor, sorprendido de tan eficaz propósito, le preguntó con dulzura.

—¿Qué le ha movido á V. á confesarse? . . .

—La vista de este escapulario, respondió Felipe, mostrándosele empapado en lágrimas.

—¿Le tenía V. alguna devoción? . . . ¿Hacía en honor suyo alguna práctica piadosa?

—¡Ninguna! . . . Tan sólo lo llevaba siempre conmigo. . . . ¡Lo arrojé ayer y él vino hoy á buscarme! . . .

—El Señor cumplió su promesa, añadió el sacerdote levantando las manos al cielo. *Yo bendeciré los lugares en que sea colocada la imagen de mi Corazon.*

Dos años después murió Felipe en tierra extranjera como mueren los justos, mirando cara á cara á la muerte, umbral para ellos de la vida eterna. En sus largas y frecuentes conversaciones con el religioso que le asistía, le refirió esta historia, que podemos comprobar con fechas exactas y nombres harto conocidos.

¿Y es esto la resurrección de un muerto? ¡Sí! Es la resurrección de un alma muerta, milagro más estupendo que el de volver la vida á un cadáver: porque si para esto se necesita todo el poder de Dios, para aquello se necesita, sobre todo su poder, toda su misericordia.

Este fenómeno no lo explica el fisiólogo, ni lo alcanza el psicólogo, ni lo acierta á comprender el más profundo conocedor del corazón humano. A veces la lectura de un buen libro, la palabra de Dios predicada en el templo, la muerte que avisa al hombre con su terrible *memento*, el dolor al recordarle que su patria no es la tierra, el desengaño, eterno envenenador de todo goce, pueden aparecer á los ojos de los que sin profundizar, tan sólo observan, como causas naturales de esos trueques del corazón que hacen de un Saulo un Pablo, y una María la penitente de una María la pecadora. Pero que un hombre olvidado del todo de Dios, aprisionado por todas las pasiones de la juventud al mismo tiempo que por la ambición, quizá la más peligrosa de la edad madura; que un hombre á quien el presente halaga y el porvenir sonríe, de-

je de repente todos los placeres, y abraza todas las penitencias; ahogue en sí todos los vicios y haga espontáneas todas las virtudes, tan sólo porque encuentre bajo un sobre un escupulario, es prodigio más que humano: es que aquella voz que gritó á Lázaro: *Exi foras!* para hacerle salir del sepulcro, y que ha gritado también en los oídos de aquella alma muerta para decirle: ¡Cree, porque soy yo quien te habla! ¡Espera, porque soy yo tu esperanza! ¡Ama, porque yo te amé primero! ¡Vive, porque yo quiero que para mí vivas!

Así tan sólo se comprende que este Lázaro invisible se levante de una tumba de vicios, para ir á arrojarse limpio y purificado á los pies de Jesucristo.

ASTURIAS.

Rincon del cielo es Asturias,
mi noble tierra natal;
léjos de ella, me parece
que el alma no tiene hogar.

A la patria de mi madre
todos mis amores van,
á refugiarse en la casa
que há tiempo cerrada está.

¡Quiera el cielo que si un día
vuelvo con júbilo á entrar
en la casa que el recuerdo
de mi madre guardará,

tenga allí para mis hijos
abierto el sol un hogar.
Para mí, nada... la tierra
que mi cuerpo cubrirá.

Alfredo Suárez de la Escosura.

Los rosarios de un Jesuita.

ERA el 10 de Marzo de 1615, y en Glasgow (Escocia) sufría tormento y muerte por la Fé un religioso de la inclita Compañía de Jesús.

Llamábase Juan Ogilvia, y su enorme crimen consistía en haber osado decir que el poder espiritual correspondía al Papa, y no al rey, que en aquella época era Jacobo I.

Cuando marchaba al cadalso, el P. Ogilvia vió á un Pastor protestante que le dirigió la palabra y le manifestó el afecto que le inspiraba.

—Mi querido Ogilvia,—le dijo,—os compadezco por vuestra obstinacion en querer sufrir tan infame muerte.

El P. Ogilvia le contestó, como si tuviese algun miedo.

—Si dependiese de mí morir ó no... Nada puedo. Me han declarado reo de alta traicion, y por esto voy á morir.

—¡Traicion!—dijo el protestante; no hay nada de eso; creedme, abjurad el Papismo y todo se os perdonará, y os colmarán de favores.

—¿Os burlais de mí?—dijo el Padre.

—No, replicó el Pastor protestante: habló formalmente y con poder para hacerlo, porque el arzobispo

protestante me ha encargado os ofrezca en matrimonio su hija con una buena prebenda como dote si os decidís á venir con nosotros.

Durante este diálogo habían llegado al lugar del patíbulo. El protestante instaba al Padre que consintiese en vivir. El P. Ogilvia contestaba que bien lo desearía si su honra se conservase incólume.

—Pero ya os he dicho—repetía el protestante—que seréis colmado de honores.

—Pues bien,—dijo el P. Ogilvia,—repetid en alta voz y ante el público lo que me proponéis.

—No tengo inconveniente.

—Oid—gritó el P. Ogilvia—lo que me proponen.

Y el ministro protestante dijo en alta voz:

—Prometo al Señor Ogilvia la vida, la hija del Arzobispo y una rica prebenda si quiere ser de los nuestros.

—¿Lo oís todos?—dijo el Padre—¿estais prontos á dar de ello testimonio si fuéreis requeridos?

—Sí, sí,—clamó la muchedumbre.—Bajad, señor Ogilvia, bajad del patíbulo.

Los católicos allí presentes sufrieron horrible angustia; los herejes estaban radiantes de júbilo.

—¿Entonces,—replicó el P. Ogilvia, no temeré ser perseguido como reo de traicion?

—No, no,—le gritaron de todas partes.

—¿Si estoy aquí es sólo por mi religion, y es ella mi único crimen?

—Sí, sólo la religion.

—Muy bien,—dijo el P. Ogilvia,—es más de lo que deseaba. Por mi religion soy solamente condenado á muerte. Por ella daría alegremente cien vidas si las tuviese; sólo tengo una: tomadla y daos prisa. En cuanto á mi religion, nunca me la arrancaréis.

Al oír estas palabras, los católicos manifestaron su satisfaccion, mientras, rugiendo de cólera, los protestantes se veían burlados y cogidos en sus propias redes. El Pastor protestante se enfureció: interrumpió al P. Ogilvia, que iba á seguir hablando, y ordenó al verdugo cumplierse en seguida su oficio. El verdugo pidió perdón al mártir y éste le abrazó: antes de atársele las manos arrojó el P. Ogilvia sus rosarios al pueblo, y fueron á dar en medio del pecho á un joven calvinista que viajaba entonces por Escocia, el baron Juan Eckersdoff, que fué despues gobernador de Tréveris y amigo íntimo del archiduque Leopoldo, hermano de Fernando III.

Ya muy anciano, dijo lo siguiente al P. Boleslao Balbino, de la Compañía de Jesús.

—Cuando la ejecucion del P.

Ogilvia, sus rosarios me dieron en el pecho, y hubiera podido cogerlos si la impetuosidad de los católicos que me los arrancaron á viva fuerza, me lo hubiera permitido. No pensaba entonces cambiar de religion, pero aquellos rosarios me habían herido el corazón, y desde aquel momento no hallé reposo ni tuve paz. Perturbada mi conciencia, me decía: «¿Por qué los rosarios del P. Ogilvia cayeron sobre mí y no sobre otra persona?» Y esta idea, durante muchos años, no me abandonó un solo momento, y me hice católico. Atribuyó mi conversion á estos benditos rosarios, que compraría á cualquier precio y que por nada cedería si llegasen á mis manos.

OCTAVAS.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas dulce y blando,
Siempre amigo de paz y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando
A la vez que dos almas en la tierra,
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdenas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras.
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazón retiras,
Y casi hace tu valor supérno
De todo lo mortal un giro eterno.

Tasso.

LO IDEAL EN EL ARTE.

El Genio, sólo su envidiable alteza,
su eterna fama y su laurel conquista
cuando al huir de lo vulgar su vista,
del Arte siente la inmortal grandeza.

Quien no coincide la ideal belleza,
en bano al nombre aspirará de artista:
á lo humilde y real, fuerza es revista
de un algo que le dé mayor nobleza.

A un cielo todo luz y todo encanto
su vuelo tienda, y de fulgor divino
sus bellas obras los reflejos llenen.

La hermosa estatua, el melodioso canto,
la epopeya y el lienzo peregrino,
¿cuándo sin esa idealidad se obtienen?

Angel Tasso de la Vega.

EL COLIBRI.

Con agilidad graciosa,
En lindos rápidos vuelos,
Y con ala temblorosa,
Recorre de rosa en rosa
El colibrí sin recelos.

Y regálanle las flores
La savia dulcificada,
Sus perfumes y colores,
Para ser entre primores
Fugitiva flor alada.

Así el espíritu humano
En alas del Pensamiento,
Entre ideas vuela ufano;
Y ellas le dan luz y grano
Para su gloria, un momento.

SOLO EL HILO.

Remendaba con sigilo
sus calzones un manébo:
yo, que le acechaba, vilo,
y pregunté:—¿Qué hay de nuevo?
Y él respondió:—Sólo el hilo.

Calderón.